

## El otro movimiento obrero

2019-11-28



Sindikalgintza

ADAM RADOMSKI

La relativa estabilidad del pacto social tras la 2ª Guerra Mundial (los años maravillosos del capitalismo, las décadas de los 50 y 60) se vio truncada por un ciclo nuevo de crisis, en la segunda mitad de los 60, seguida de una especialmente profunda en el 73, y también por un ascenso de las huelgas y la conflictividad laboral. Al calor de estas surgiría lo que se denominó «el otro movimiento obrero», en referencia a la ruptura con las centrales sindicales integradas en el Estado, y a las distintas experiencias de la autonomía obrera, especialmente en países como Italia, Alemania, Francia y el Estado Español.

### Características generales

En general podríamos apuntar que lo que unía a estas luchas, a nivel internacional, era la **radicalidad** de las mismas (incluso con expresiones de lucha armada paralelas o surgiendo de ellas) como de su **extensión**, y de que **cuestionaban profundamente la deriva que habían tomado ya los sindicatos** al integrarse en el aparato estatal. La pregunta ya no era ni siquiera si eran útiles o no para la revolución, sino si directamente **suponían un freno**.

Hubo importantes movimientos migratorios: internacionalmente (por ejemplo, en Alemania), a escala nacional (del sur de Italia al norte del país) o incluso del campo a la ciudad (el Estado Español y la migración a los grandes núcleos industriales). Esta, por así decirlo, renovación de la composición del proletariado urbano, daría **un impulso nuevo a las luchas**: ejemplos como la huelga salvaje de Ford en Colonia (1973), la gigantesca huelga de la Fiat Mirafiori en Italia de 1969, o que las huelgas registradas en el Estado Español se triplicaran a partir del mismo año. En Francia, en el contexto del mayo del 68 llegó a haber 10 millones de trabajadores en huelga.

Se hacía patente la **influencia del consejismo**, tanto en el rechazo a la forma sindical, como en las propuestas que surgían. La tendencia general era de formar asambleas de trabajadores donde se elegían delegados en caso de que hubiera que negociar, siendo estos revocables. Esto fue todo un desafío para las estructuras sindicales y la propia patronal, que se negaba a aceptar a dichos representantes (ya que, al fin y al cabo, no habían pasado por su filtro). Por ello, las luchas se solían dirigir también hacia la **aceptación de estos delegados «ilegales»**, puenteando a los representantes sindicales. De la misma manera, las propias negociaciones eran mucho más tensas, siendo el bando obrero más intransigente y estando más crecido. Las exigencias a la patronal resultaban inauditas y se rompían las negociaciones con mucha más facilidad por parte del bando obrero. A modo de ejemplo, el convenio del metal de Gipuzkoa (1977) que se estableció sin sindicatos. En general, proliferaron todo tipo de comités de fábrica, asambleas, cajas de resistencia y otras formas de **instituciones proletarias**.

En lo laboral eran frecuentes las demandas unitarias, por ejemplo, que la equiparación salarial fuera igual para todos, y no porcentual, que se redujeran las horas de trabajo<sup>1</sup> y que se tratara de la misma manera a fijos y discontinuos. Pero

además, la lucha por las condiciones de vida del proletariado se fijó también en la reducción de costes de transporte, comida, electricidad o alquileres (mientras que se multiplicaban las ocupaciones). Ejemplo de ello eran las autoriduzioni en los barrios italianos, consistentes, por ejemplo, en pagar el precio anterior a la inflación, cuando no directamente dejar de pagar por las cosas.

Es también interesante el aspecto psicológico, ya que realmente pensaban que iban a por todas, había **un optimismo muy grande**. Para ilustrarlo mejor, hay conceptos tan épicos como «segundo asalto proletario», en referencia al ciclo de revoluciones de finales de la primera década (Alemania, Hungría, Rusia...).

### Diferencias

No podemos hablar de una experiencia de la autonomía homogénea. Así, en **Italia** el movimiento de la autonomía contaba con una riqueza y profundidad en las teorizaciones, de los intentos de organización y aplicación de estrategias propias, que no había en otros países. Veamos cómo se expresaban los Comités Unitarios de Base<sup>2</sup> de la fábrica de Pirelli:

*Cualquier demanda puede ser reabsorbida por el capital. Es precisamente la unión de la lucha económica y política la que puede poner en jaque al sistema capitalista. (...) En efecto la lucha económica solo es fértil si emerge de la lucha política. A su vez, la lucha política no puede separarse, sin disolverse, de las luchas económicas.*

La claridad de visión que se aporta a la cuestión sindical resulta refrescante. Y es que, precisamente, una de las causas de la autonomía fue la necesidad de superar la situación de estancamiento en la que había caído el sindicalismo, al verse atrapado en el callejón sin salida del economicismo. En Italia se planteaban de nuevo **superar la división entre lucha económica y política**, como planteaba Marx tiempo atrás.

Por otro lado, en el **Estado Español**, se trató de una experiencia más visceral, que surgía de las condiciones materiales, más que de la reflexión. Por ello, mientras que en Italia se ponían en cuestión la relación Capital-Trabajo y el propio Trabajo Asalariado, en el Estado Español, a pesar de la dureza y extensión de los enfrentamientos, y de la proliferación de asambleas, tendían a limitarse a las reivindicaciones laborales, sin que llegara a cuajar ninguna corriente autónoma en particular que pudiera proponer una estrategia. A su vez, las asambleas autónomas tenían que defenderse constantemente de la injerencia de CCOO y el PCE en el contexto de la transición (o *transacción* como le llamaban otros), además de otros grupos políticos. Éstos solían tratar de reencauzar la expresión de la autonomía hacia la reivindicación de la democracia (burguesa), cuando no marginarla o combatirla directamente.

### Conclusiones

A pesar de la simpatía que podamos sentir por el movimiento autónomo, lo cierto es que no podemos obviar ciertas cuestiones que lo llevaron a su derrota. En primer lugar, las formas que tomaron las luchas, al igual que los consejos obreros, **fueron efectivas y posibles en un contexto de lucha ascendente**. Sin embargo, una vez derrotadas, lo tuvieron muy difícil para levantar cabeza, ya que al no

estar generalizadas, en tiempos de paz social es difícil llevar a cabo las luchas de esta manera. Además, el rechazo a los partidos, aunque tuviera sentido frente a los intentos de desviar las luchas, se tradujo en un rechazo a la política en general. De esta manera, dichas luchas se enfrascaron en unas inercias que **dificultaban una perspectiva general y conjunta de hacia dónde ir**. Al final, el rechazo se acabaría desgastando y los sindicatos salieron reforzados, mientras que las victorias se acabarían revirtiendo. En definitiva, no podemos hacer un copia-pega de experiencias pasadas, por muy épicas y atractivas que puedan parecer. Además, **la lucha económica se agota en sí misma si no está enmarcada dentro de la perspectiva general de la revolución**, como ya predijeron los Comités de Base de Pirelli.

Asimismo, en realidad, se seguía arrastrando el lastre del economicismo que pretendía desafiar la autonomía obrera. Al fin y al cabo las luchas seguían centrándose en el obrero fabril y –excepto en Italia– **se solían quedar en lo laboral**. A la larga, el carácter efímero de las formas organizativas, obligaría a lo que quedaba del movimiento a dar un paso atrás para volver a las Comisiones de Base, como en Italia, que acabarían siendo reconocidas como interlocutoras válidas por la patronal y en muchos casos se acabarían integrando en el capitalismo. Es decir, **el carácter más horizontal de éstas no fue una garantía contra su degeneración**.

La posterior derrota de la oleada de luchas vino seguida de reestructuraciones del tejido productivo –y por extensión de la composición de la clase– como la recolocación de la industria en la periferia capitalista. Esto se usaría como fundamentación de las tesis contrarias al sujeto revolucionario del proletariado, a pesar de que a nivel global la industria haya seguido creciendo, solo que se haya desplazado de Occidente. El optimismo daría paso a una resaca muy profunda, cuyos frutos recogemos hoy en día: rechazo de los grandes relatos revolucionario y negación del proletariado como sujeto revolucionario, en favor de una multitud de sujetos o cuando no directamente al rechazo de los sujetos colectivos.

Por otro lado, a pesar del escaso desarrollo, el caso de las mencionadas autoriduzioni nos señala un camino a explorar en mayor profundidad. En ese sentido, es cierto que las victorias en cuanto a condiciones materiales suelen ser efímeras<sup>3</sup>, pero poder articular su defensa en lo laboral y más allá –el alquiler, la electricidad, agua, comida, transporte, etc.– aumenta nuestra efectividad y es un paso para superar el economicismo. De la misma manera, cabe destacar el impulso del movimiento autónomo para crear instituciones proletarias independientes, fuera del control capitalista. Éstas, a su vez, no pueden estar privadas de una perspectiva integral que las dote de un sentido más allá de sí mismas.

En conclusión, la derrota de la autonomía pudo ser muy amarga, pero nos deja ciertas claves para afrontar los retos del futuro; tanto en las luchas por la defensa de las condiciones materiales del proletariado, como en la relación entre lucha económica y política. Para ello, no podemos caer ni en el pesimismo ni en la exaltación de lo más épico de estas experiencias, también llenas de contradicciones.

[1] *El recientemente fallecido Nanni Ballestrini lo narraba en su novela Lo queremos todo así: «Llevan carteles en los que está escrito “Queremos trabajar menos y ganar más”».*

[2] *Estos Comités serían el precedente del movimiento autónomo de Italia.*

[3] *Por eso se suele hablar de ellas como el trabajo de Sísifo: «empujar cuesta arriba por una montaña una piedra que, antes de llegar a la cima, volvía a rodar hacia abajo, repitiéndose una y otra vez el frustrante y absurdo proceso».*